



## HISTORIA DE MIS LIBROS

JACK

Tengo delante de mí, encima de la mesa donde escribo esto, una fotografía de Nadar, el retrato de un muchacho de dieciocho á veinte años; dulce fisonomía enfermiza, de rasgos indecisos, con ojos de niño juguetones y claros, la vivacidad de los cuales contrasta con el hundimiento de una boca blanda, ajada como

si no tuviese dientes: una boca de hombre pobre que ha sufrido mucho. Es Raúl D... el *Jack* de mi libro, tal como lo conocí á fines de 1868, tal como lo veía entrar en la casita que habitaba en Champrosay, siempre tiritando, con la espalda encorvada, con las manos á cada instante sobre el escuálido pecho, dentro del cual sonaba siempre la tos como si sonara dentro de una cueva.

Éramos vecinos por los bosques de Sénart. Ya enfermo, distraído por la horrible vida de obrero que le había impuesto el capricho de un amante de su madre, había ido á descansar en el campo, en un caserón abandonado y ruinoso, donde vivía como Robinson, con un saco de patatas y un crédito para pan en casa del panadero de Soisy. Ni un céntimo, ni siquiera un cuarto para poder tomar el tren de París. Cuando se aburría demasiado de no ver á su madre, andaba las seis leguas largas á pie, y volvía rendido, medio muerto; porque adoraba á aquella madre, hablaba de ella con extraordinaria ternura, con admiración, con un respeto de mestizo hacia la mujer

blanca, considerada como un ser superior. «¡Mamá es abadesa!» me dijo un día, y con tono tan convencido, que no osé preguntarle de qué convento era. Pero algunas frases por ese estilo me habían permitido juzgar qué clase de mujer era aquella loca, aquella ambiciosa de títulos nobiliarios, que consentía que su hijo fuese un trabajador. ¿No había tenido la avilantez de decirle que era hijo del marqués de P... título muy conocido en tiempo del Imperio? Y la idea de ser hijo de un noble divertía al pobre muchacho y sazónaba con un grano de vanidad su desesperación y la pobre comida ordinaria del bodegón. Después, olvidando su confesión primera, le asignó por padre á un jefe de artillería, sin que se pudiera saber cuál de las dos cosas era mentira, ó si hablaba sinceramente, al capricho de su vanidad y de su memoria demasiado llena de recuerdos. En mi libro ese pormenor característico ha desagradado á muchos lectores; tomado de la vida real, parecía, sin embargo, una exageración de psicólogo que seguramente no la habría inventado.

¡Pues bien! Hasta eso se lo perdonaba Raúl á su madre; y jamás me hizo más confidencias acerca de sus rencores, que una triste sonrisa que parecía pedir perdón para la loca. «¿Qué quiere usted? Ella es así.»

Es preciso advertir también que el pueblo ignora muchas delicadezas; muchas susceptibilidades morales; y Raúl pertenecía á esa clase social á la cual lo habían lanzado á los once años después de haber pasado unos cuantos meses en un magnífico colegio de Auteuil. De aquel ensayo de educación burguesa le habían quedado algunas nociones vagas, nombres de autores, títulos de libros, y una gran afición al estudio; afición que jamás había podido satisfacer. Ahora que el médico le prohibía el trabajo manual y que yo le abría mi biblioteca de par en par, se entregaba á la lectura como sediento, como hambriento que repara sus fuerzas. Se iba cargado de libracos para leerlos por las noches, largas noches de fiebre y de tos, que pasaba tiritando en aquel caserón medio á oscuras y echándose en la cama toda la ropa que tenía.

Pero sobre todo, le gustaba leer en mi casa en el hueco de la ventana del cuarto donde yo trabajaba, por la cual se veía el campo y el Sena.

«Aquí comprendo mejor lo que leo,» me decía.

Algunas veces le ayudaba á que comprendiese; porque por una especie de superstición, de ambición de su espíritu, se engolfaba en lecturas difíciles, en las obras de Montaigne, de La-Bruyère. Una novela de Balzac ó de Dickens le divertía demasiado, pero no le daba el orgullo de leer un libro clásico, lentamente descifrado. En los descansos le hacía yo hablar sobre su vida y sobre los medios obreros, de los cuales tenía una percepción finísima, muy por encima de su edad y de su oficio. Veía el lado doloroso ó cómico de las cosas, la grandeza de ciertos espectáculos de la vida de fábrica y de taller. Así, por ejemplo, el lanzamiento de la máquina que relato en *Jack* es uno de sus recuerdos de aprendiz.

Lo que más me interesaba era el despertar, el afinamiento de aquella inteligencia, como si tuviese lejanos recuer-

dos que volvían á su memoria, excitada por los libros y por nuestras conversaciones. Se verificaba un cambio hasta en su ser físico, impulsado por el esfuerzo intelectual.

Desgraciadamente, las cosas de la vida iban á separarnos. Y cuando yo me volví á París para pasar el invierno, Raúl cogía de nuevo sus herramientas y volvía á los talleres del ferrocarril de Lyon. Lo vi otras dos ó tres veces en seis meses; cada vez más flaco y más variado, desesperado al ver que decididamente era demasiado débil para su oficio.

«Pues entonces déjelo usted, y ya buscaremos otra cosa.»

Pero él quería seguir luchando todavía, por miedo de afligir á su madre, ofendido en su orgullo de hombre. Y yo no me atrevía á insistir, creyendo que su mal no era tan hondo, y, sobre todo, temiendo hacer un vago, un perdido de aquel pobre maquinista, bautizado con un nombre de personaje de novela.

Pasó tiempo. Un día recibí una esquela escrita con mano temblorosa: «Enfermo en la Caridad, sala de San Juan

de Dios.» Allí me lo encontré, acostado en una camilla, porque como el invierno, que ya iba de vencida, había sido tan crudo, ya no quedaban camas disponibles en la sala reservada á los tísicos. En cuanto la muerte dejase un hueco, lo ocuparía Raúl. Me pareció muy enfermo, con los ojos hundidos, la voz bronca, y sobre todo, la imaginación impresionada por las tristezas que le rodeaban, aquellas quejas y lamentos, aquellas toses desgarradoras, el rezo de la Hermana de la Caridad á la caída de la tarde, y el capellán, en zapatillas encarnadas, ayudando á bien morir á desesperados agonizantes.

Tenía miedo de morir allí. Yo me esforcé por tranquilizarle, asombrándome de que su madre no hubiera hecho que lo asistiesen en su casa. «Es que yo no he querido,» me dijo la pobre víctima... «Ellos prosperan, están edificando de nuevo, y yo les hubiera estorbado;» y como para contestar al reproche que le hacían mis ojos, añadió: «¡Oh, mamá es muy buena!... Me escribe, viene á verme.» Tengo el convencimiento de que

mentía; su miseria, lo desnudo de su colcha hospiciaria, sin el menor recuerdo alrededor, sin una naranja siquiera, olía al abandono. Se me ocurrió, al verlo tan solo, tan desgraciado, hacerle escribir lo que veía, lo que sufría allí, convencido de que su espíritu se impresionaría más altamente de ese modo. Y luego... ¡quién sabe! Aquello pudiera ser un recurso para aquel ser altivo, al cual era muy difícil hacerle aceptar dinero alguno. En cuanto se lo dije, el enfermo se incorporó, agarrándose á las dos palomillas de madera colgadas á la cabecera de su lecho.

—¿De veras? ¿Es de verdad? ¿Cree usted que puedo escribir?

—Lo sé positivamente.

Y la verdad es que en los cuatro artículos que Raúl me envió desde el hospital, apenas he tenido que tocar diez palabras. El estilo era sencillo y sincero, de un realismo conmovedor, que cuadraba á las mil maravillas al título que los encabezaba: *La vida en el hospital*. Los que hayan leído aquellas columnas en un efímero periódico de Medicina, el *Dia-*

*rio de Enghien*, no habrán supuesto ciertamente que estaban escritas sobre un tablado, y gracias á un esfuerzo hecho en medio de los sudores de una fiebre. ¡Y qué contento el pobre muchacho cuando le llevé el dinero que habían dado por sus artículos! No quería creerlo; daba vueltas y más vueltas entre sus dedos á las monedas de oro, en tanto que los enfermos de las camas próximas estiraban el cuello para ver de dónde procedía aquel ruido de oro, completamente desusado. Desde aquel día el estudio que él hacía embelleció á sus ojos el hospital. Salió de allí algún tiempo después, gracias á un esfuerzo de sus pocos años, pero los practicantes que lo cuidaban me dijeron que se hallaba en un estado gravísimo. Su herida subsistía, pronta á abrirse de nuevo, incurable, sobre todo si aquel infeliz volvía á emprender el rudo trabajo de su oficio entre el hierro y las máquinas. Recordé yo entonces que cuando tenía su misma edad y en una crisis para mi salud bastante grave, una temporada de algunos meses en Argelia me hizo muchísimo bien. Me dirigí

al gobernador de Argel, á quien conocía yo un poco, y le pedí un destino para Raúl. El Sr. Le Myre de Vilers, hoy representante de Francia en Madagascar, no se acordará, sin duda, de esto; pero yo no olvidaré nunca con cuánta amabilidad y con cuánta prontitud—que le daba más mérito al favor,—contestó á mi carta ofreciéndome para mi amigo una plaza de mil quinientos francos en las oficinas del Catastro; cinco horas de trabajo diario, trabajo sin fatiga, en el más bello país del mundo, y con un paisaje de verdor y de agua siempre delante de los ojos.

Fué una verdadera alegría para Raúl aquel viaje, y la idea de que no volvería al taller, que ya no tendría las manos tiznadas, y que podría ganar el pan sin matarse. La familia con la cual vivo está compuesta de seres bondadosos de excelente corazón, á quienes había sabido conquistar aquel muchacho; todos ellos se ofrecieron á satisfacer á escote los gastos del viaje. «Yo pago el viaje,» dijo la abuela. Otro se encargó de la ropa blanca, otro de los trajes, porque era

preciso dejar la blusa y los calzones azules en la fábrica. Raúl lo aceptaba todo, porque viéndose con un empleo tenía la seguridad de devolver todo aquel dinero. ¡Ahí es nada! Mil quinientos francos al año. Y además escribiría y me mandaría á mí los artículos. Tenía otros muchos proyectos de felicidad que me confió la noche de nuestra despedida; se llevaría á su madre, le haría que viviese á su lado honradamente y con dignidad. Demasiado la habían poseído otros hasta entonces; ahora le tocaba á él. Bien arreglado, con su ropa nueva, sus ojos brillantes y expresivos, su fisonomía que había recobrado su expresión inteligente y su belleza varonil, no parecía, mientras que hablaba de aquellos proyectos, el desheredado, el miserable; parecía un compañero mío, uno de los enhiestos despidiéndose—para no volver á vernos.

Desde Argel me escribía con frecuencia:

«Sueño... sueño... Se me figura que estoy en el cielo.»

Vivía en un barrio separado del mar por un bosque de naranjos, muy cerca

de un pintor amigo mío, á quien yo lo había recomendado también, lo mismo que á Carlos Jourdan, que no tardó en abrir de par en par las puertas de su casa hospitalaria, en Montriant, al pobre desterrado. La oficina le ocupaba poco tiempo, y le dejaba alguno para seguir instruyéndose, observando un plan de lecturas que yo le había puesto. Pero habíamos acudido demasiado tarde para arrancarlo á su desgracia. Había sufrido tanto y en tan temprana edad, que las heridas de su infancia se agrandaban cuanto más hombre iba siendo. «Acabo de estar muy malo, me decía Raúl en una carta de 17 de Junio de 1870; pero gracias á un enérgico tratamiento ya estoy de pie, aunque débil, muy débil, y adelantando muy poco á poco.

»Durante los quince días de convalecencia que acabo de pasar sin salir á la calle, mi imaginación ha dado muchos paseos con usted por el bosque, y hemos charlado mucho. Mi cabeza estaba demasiado débil para leer, y estaba yo soñando, solo y triste, cuando el bueno y gigantesco Carlos Jourdan vino á bus-

carme con su *borriquillo*, y me ha traído á una casa que me sería queridísima sino existiese Champrosay. En Montriant el aire es tan puro, las vistas tan hermosas, el silencio tan profundo, que me siento renacer. Y Jourdan, ¡qué muchacho tan lleno de corazón y de juventud! Su gabinete está adornado con una gran biblioteca, donde paso todo el día hojeando tomos, como me pasaba en la de usted. Además, me dicta sus artículos para *El Siglo* y para *La Historia*. Esta mañana hemos reventado á las Diputaciones generales...» El tono de aquella carta era bastante alegre, pero se ve en ella un cansancio verdadero, y hacia el final los rasgos de la letra disminuyen, la tinta cambia; evidentemente la ha tenido que escribir en varias veces.

Luego llegó la guerra y el sitio de París. No volví á oír hablar de él, y lo olvidé.

¿Quién de nosotros ha pensado, durante aquellos cinco meses, en nadie ni en nada que no fuera la patria?

En cuanto se levantó el sitio, entre el inmenso montón de cartas que invadió

mi mesa, había una de un médico de Argel anunciándome que Raúl estaba muy grave y pedía noticias de su madre; sería una obra de caridad dárselas. ¿Por qué aquella madre siguió, á pesar de mi aviso, sin dar señales de vida á su hijo? Jamás lo he sabido. El 9 de Febrero recibía de Carlos Jourdan esta carta, llena de indignación: «Señora, su hijo de usted está en el hospital. Se muere. Pide noticias de su madre. En nombre de la compasión, envíe usted unos cuantos renglones escritos por su mano á ese hijo á quien ya no volverá usted á ver jamás.»

Y poco tiempo después recibía yo la triste noticia:

«Raúl ha muerto en el hospital civil de Argel el 13 de Febrero último, después de larga y dolorosa agonía. Hasta el último momento estuvo pidiendo la caricia que su madre le ha negado.

—»Sufro mucho, me decía; estoy seguro que una carta de mi madre calmaría mis sufrimientos...

»La carta no llegó, porque no la escri-

bieron. Crea usted que esa mujer ha sido cruel é infame para su hijo.

»Raúl adoraba á su madre, y, sin embargo, en su lecho de muerte ha formulado un juicio terrible acerca de ella:

—»Ya no puedo estimarla ni como madre ni como mujer; pero mi corazón, próximo á dejar de latir, está lleno de su recuerdo: le perdono el mal que me ha hecho.

»Raúl me ha hablado muchísimo de usted antes de morir. En medio de su triste vida de sufrimientos y de privaciones, él mismo se asombraba de encontrar un recuerdo dulce y sonriente.

—»Dígale usted que en el momento de morir, él y su queridísima esposa son los únicos seres que siento perder.

»Me había hecho muy amigo del pobre enfermo, que nos había usted recomendado. Vivo en una gran casa de campo, inundada de sol y de flores; quise que allí tuviera su residencia; pero el pobre y simpático muchacho temía siempre ser importuno. En estos últimos tiempos le rogué que se viniera á casa para que lo cuidásemos. No quiso, y entró en el hos-